

mérito; era una de las cabezas privilegiadas de la localidad, y en atrabiliaria tiranía para con sus colegas sólo era comparable con su hipócrita humanidad ante el prefecto. Estaba ya trabajando en la creación de una gran compañía mercantil, el "Crédito vitícola", caja de préstamos para los viticultores, de que no hablaba sino con reticencias, con actitudes graves que encendían en torno suyo los apetitos de la gente imbécil.

Saccard se atrajo la protección de estos dos personajes, prestándoles servicios, cuya importancia fingía hábilmente ignorar. Puso en relaciones a su hermana con el barón, a la sazón comprometido en una historia de las menos limpias. Llevóla a su casa, con el pretexto de solicitar su apoyo en favor de la buena señora, que pretendía hacía ya mucho tiempo que se le otorgara el suministro de cortinajes para las Tullerías. Pero sucedió, tan luego como el agente inspector les hubo dejado solos, que fué madama Sidonia la que prometió al barón tratar con ciertas personas, bastante estúpidas, para no tenerse por honradas, con la amistad de un senador que se había dignado distinguir a su hija, niña de unos diez años de edad. Saccard obró por su propia cuenta ante el señor Toutin-Laroche: compúsose de manera para obtener con él una entrevista en un corredor y llevó la conversación al famoso Crédito vitícola. Al cabo de cinco minutos, el gran administrador, azorado, estupefacto por las horripilantes cosas que oía, tomó sin ceremonias del brazo al empleado y lo detuvo durante una hora en el corredor. Saccard le sugirió mecanismos financieros prodigiosos de ingeniosidad. Cuando el señor Toutin-Laroche se separó de él, estrechóle la

mano por modo expresivo con guñar de ojos de francmasón.

—Usted llegará a serlo—murmuró,—es preciso que lo sea.

Aristides mostróse de primera en cuanto concernía a aquel asunto. Llevó su prudencia hasta el punto de no hacer al barón Gouraud y al señor Toutin-Laroche, cómplices uno de otro. Les visitó separadamente, deslizóles una palabra al oído a favor de uno de sus amigos, que iba a ser expropiado, en la calle de la Pépinière; tuvo buen cuidado de decir a cada uno de ambos compadres, que por su parte no hablaría de este asunto a ningún otro miembro de la comisión, que la cosa estaba en el aire, pero que contaba con toda su benevolencia.

El agente inspector había tenido razón al temer y al tomar sus precauciones. Cuando el legajo referente a su finca llegó a la comisión de indemnizaciones, sucedió precisamente que uno de los miembros habitaba en la calle de Astorg y tenía noticia de la casa. Aquel miembro puso el grito en el cielo tocante a la cantidad de quinientos mil francos, que, en su sentir, debíase reducir a la mitad. Aristides había tenido la vergüenza de hacer pedir setecientos mil francos. Aquel día, el señor Toutin-Laroche, por lo común muy desabrido para con sus colegas, estaba de un humor más de todos los diablos que de costumbre. Se incomodó y tomó la defensa de los propietarios.

—Todos somos propietarios, señores...—exclamó.—El emperador desea hacer grandes casas, no andemos escatimando miserias... Esa casa debe de valer los quinientos mil francos; uno de nuestros hombres, un empleado del Ayuntamiento, es el que ha fijado la cantidad... En realidad podría decirse que vivimos en pleno bosque de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Abdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Bondy; ya veréis cómo acabaremos por desconfiar de nosotros mismos.

El barón Gouraud, hundido en su asiento, miraba con el rabillo del ojo, y con ademán de sorpresa, al señor Toutin-Laroche, echando pestes a favor del propietario de la calle de la Pépinière. Asáltóle alguna sospecha, mas, en conclusión, como aquella violenta salida de tono le dispensaba de tomar la palabra, se puso a menejar suavemente la cabeza en señal de aprobación absoluta. El miembro de la calle de Astorg se resistía, indignado, sin quererse doblegar ante los dos tiranos de la comisión, en un asunto en el cual era él más competente que aquellos señores. Entonces fué cuando el señor Toutin-Laroche, habiendo reparado en las señales de aquiescencia del barón, se apoderó vivamente del legajo y dijo con sequedad:

—Está bien. Pondremos en claro las dudas de usted... Si me da usted su permiso, yo me encargo del particular, y el barón Gouraud hará el informe conmigo.

—Sí, sí—dijo con gravedad el barón,— nada que no sea limpio debe de contaminar nuestras decisiones.

El legajo había desaparecido en los insondables bolsillos del señor Toutin-Laroche. La comisión hubo de ceder. Al salir los dos compadres se miraron sin reirse; teníanse por cómplices, lo que redoblaba su serenidad. Dos inteligencias vulgares habrían provocado una explicación; continuaron defendiendo la causa de los propietarios, como si se les siguiese oyendo, y deplorando el espíritu de desconfianza que se deslizaba por do quiera. En el instante en que se iban a separar:

—¡Ah! me olvidaba, mi querido colega—dijo el barón sonriendo,— en seguida voy a partir

para el campo. Usted sería muy bondadoso si se prestase a hacer sin mí esa pequeña información... Y sobre todo, no vaya usted a descubrirme, porque esos señores se lamentan de que me tomo demasiadas vacaciones.

—Vaya usted tranquilo—continuó el señor Toutin-Laroche;—ahora mismo me voy a la calle de la Pépinière.

Entró tranquilamente en su casa, con un tático de admiración por el barón, que sabía desembarañar tan bonitamente las situaciones delicadas. Se quedó con el legajo en el bolsillo, y en la sesión siguiente declaró en el tono más concluyente, en nombre del barón y del suyo, que entre la oferta de quinientos mil francos y la demanda de setecientos mil, había que decidirse por partir la diferencia, concediendo seiscientos mil francos. No se presentó la más mínima oposición. El miembro de la calle de Astorg, quien sin duda había reflexionado, dijo, con el mayor candor del mundo, que se había equivocado: había creído que se trataba de la casa contigua.

Así fué como Aristides ganó su primera victoria. Cuadruplicó su puesta de fondos y ganó dos cómplices. Tan sólo una cosa le inquietaba; cuando se propuso inutilizar los famosos libros de madama Sidonia, ya no dió con ellos. Corrió a casa de Larsonneau, quien le confesó lisa y llanamente que él los tenía en efecto, y que los conservaba en su poder. Aristides no se incomodó; pareció querer decir que sólo había sentido inquietud por aquel su querido amigo, mucho más comprometido que él por las tales escrituras, por completo casi de su puño y letra, pero que quedaba tranquilo desde el punto y hora en que se encontraban en su poder. En el fondo de buena gana habría estrangulado a

aquel "su querido amigo"; ofrecíasele a la memoria un documento comprometedor en demasía, un inventario falso que había tenido la estupidez de redactar, y que debía de haber quedado en uno de los registros. Larsonneau, pagado espléndidamente, fué a establecer un gabinete de negocios a la calle de Rivoli, en donde instaló oficinas amuebladas con el lujo de la habitación de una señorita.

Saccard, después de haber dejado el Ayuntamiento, pudiendo poner en movimiento fondos considerables, lanzóse a la especulación a todo trance, en tanto que Renata, embrigada, loca, aturdió a París con el ruido de sus trenes, con el brillo de sus diamantes y con el vértigo de su vida encantadora y alborotada.

A veces, tanto el marido como la mujer, aquellas dos devoradoras fiebres del dinero y del placer, se presentaban en las heladas nieblas de la isla de San Luis. Parecía que entraban en una ciudad muerta.

El hotel Béraud, edificado en los comienzos del siglo décimoséptimo, era una de esas construcciones cuadradas, oscuras y severas, con estrechas y altas ventanas que abundan en el Marais y que se alquilan para colegios, para fábricas de agua de Seltz, para depósitos de vinos y de alcoholes. Sólo que el hotel Béraud estaba admirablemente conservado. A la calle de Saint-Louis-en-l'Íle no daban más que tres pisos, pisos de quince a veinte pies de altura. La parte baja, menos elevada de techo, se hallaba provista de ventanas aseguradas con enormes bárras de hierro, que se hundían lúgubramente en la sombría espesura de las paredes, y de una puerta redondeada, casi tan alta como ancha, hecha a martillo, pintada de verde oscuro y adornada con enormes clavos que simu-

laban estrellas y rombos en las dos hojas. Era aquella una puerta típica, con los guardarruedas que la flanqueaban, medio inclinados y fuertemente sujetos con aros de hierro. Conociase que en otros tiempos se había dispuesto el cauce de un arroyo, en medio de la puerta, entre las suaves pendientes del empedrado del soportal; pero el señor Béraud tuvo a bien cegar el arroyo y asfaltar la entrada; este fué, por lo demás, el único sacrificio que aceptó en toda su vida de la arquitectura moderna. Las ventanas de los pisos estaban dotadas de delgadas barandillas de hierro forjado, dejando ver sus colosales huecos con recios enmaderados oscuros y sus pequeños y verdosos vidrios. En la parte de arriba y delante de las guardillas, la techumbre quedaba interrumpida, y únicamente el canalón se extendía a lo largo para llevar las aguas de lluvia a los tubos descendentes. Lo que aumentaba todavía más la austera desnudez de la fachada, era la absoluta ausencia de persianas y de celosías, ya que, en ninguna estación, el sol daba en aquellas piedras pálidas y melancólicas. Aquella fachada, con su aspecto venerable, con su severidad burguesa, dormía solemnemente en el recogimiento del barrio y en el silencio de la calle, apenas turbado por los carruajes.

En el interior del hotel se veía un patio cuadrado, rodeado de arcos, una miniatura de la plaza Real, empedrado con enormes losas, lo que acababa de dar a aquella casa muerta la apariencia de un convento. Frontera al soportal, una fuente, una cabeza de león medio borrada y de la cual ya no se veían sino las entreabiertas fauces, arrojaba, por un tubo de hierro, una agua pesada y monótona, a un tazón lleno de verde musgo y alisado en los bordes

por el desgaste. Aquel agua era una nieve. Entre las losas del empedrado crecían hierbas. En el verano, un tenue rayo de sol llegaba al patio, rara visita que había blanqueado un ángulo de la fachada, al Mediodía, mientras que los otros tres lienzos, negruzcos y lúgubres, estaban como jaspeados por el moho. En el fondo de aquel patio, helado y mudo como un pozo, iluminado por blanquecina claridad de invierno, habriase uno creído a mil leguas de este nuevo París, en donde resplandecían todos los furiosos placeres, en el alboroto de los millones.

Las habitaciones del hotel revestían la triste quietud, la fría solemnidad del patio. Subíase a ellas por amplia escalera con barandas de hierro, en donde los pasos y la tos de los visitantes resonaban como bajo una nave de iglesia; extendíanse en largas hileras de vastas y elevadas piezas, en las que se diseminaban viejos muebles de maciza y oscura madera; la media luz se hallaba poblada tan sólo por los personajes de los tapices, cuyos gigantescos y pálidos cuerpos vagamente se percibían. Todo el lujo de la antigua burguesía parisiense se encontraba allí, lujo sin comodidades ni afeminación, asientos de encina, cubiertos apenas con un poco de estopa, lechos con telas rígidas, grandes cofres para ropa blanca, cuyas toscas tablas comprometerían singularmente la escasa consistencia de los trajes modernos.

El señor Béraud Du Chatel había elegido su habitación en la parte más lóbrega del hotel, entre la calle y el patio, en el primer piso. Encontrábase allí como en medio de maravilloso cuadro de recogimiento, de silencio y de sombra. Cuando empujaba las puertas, atravesando la solemnidad de las habitaciones, con su andar lento y grave, habríasele tomado por uno

de aquellos miembros de los antiguos parlamentos, cuyos retratos se veían colgados a las paredes, volviendo a su casa meditabundo, después de haber discutido y negádose a firmar un edicto del rey..

Pero en aquella casa muerta, en aquel claustro, había un nido templado y vibrante, un rincón de sol, de alegría, de adorable infancia, de aire puro, de luz esplendorosa. Era preciso subir una multitud de escalerillas, desfilando todo a lo largo de diez o doce corredores, volver a bajar, subir otra vez, emprender un verdadero viaje, para llegar al fin a una espaciosa habitación, a una especie de belvedere, construido sobre el tejado, detrás del hotel, con vista al muelle de Béthume. La habitación estaba situada en pleno mediodía; la ventana era tan grande, que el cielo, con todos sus rayos, con todo su aire y todo su azul, parecía que entraba allí. Suspendida como un palomar, contenía grandes cajas de flores, una inmensa pajarera y ni siquiera un mueble. Tan sólo se había extendido una estera en el suelo. Aquello era la habitación de las niñas, y en todo el hotel no se la conocía ni se la designaba con otro nombre. Era la casa tan fría, tan húmedo el patio, que tía Isabel había cobrado miedo, tanto por Cristina como por Renata, a aquel soplo de aire helado que se desprendía de las paredes; muchas veces había regañado a las chiquelas al verlas corretear bajo los arcos del patio y gozarse en mojar sus bracillos en la helada agua de la fuente. Entonces concibió la idea de arreglar para ellas aquel olvidado desván, único sitio en que entraba y se regocijaba el sol, solitario, haría pronto dos siglos, en medio de las telas de araña. Dióles una estera, pájaros y flores, y las chimeneas se sintieron entusiasma-

das. Durante las vacaciones, Renata vivía allí, en medio del amarillo baño de tan hermoso sol, que parecía sentirse dichoso por el esmerado adorno que se había hecho a su retiro y por las dos cabecitas rubias que se le enviaban. La habitación se convirtió en un paraíso, que resonaba con el gorjeo de los pájaros y con el charloteo de las pequeñuelas. Les había sido cedida en absoluta propiedad. Decían "nuestra habitación" y se encontraban en su casa, llegaban hasta encerrarse allí con llave para probarse del todo que eran las únicas dueñas. ¡Qué rincón de felicidad! Una verdadera matanza de juguetes agonizaba sobre la estera, al claro sol.

Y la grande alegría de la habitación de las niñas era sobre todo aquel inmenso horizonte. Desde las demás ventanas del hotel, no se veía, en frente de sí, más que paredes negras, a algunos pies de distancia. Pero desde aquella, se distinguía toda esta parte del Sena, todo este extremo de París que se extienden de la Cité al puente de Bercy, llano e inmenso, que tiene semejanza con alguna original ciudad de Holanda. Allá abajo, en el muelle de Béthume, veíanse barracas medio hundidas, montones de vigas y de techos agujereados, entre los cuales las niñas se divertían con frecuencia viendo correr enormes ratas, temiendo, aunque por modo vago, verlas encaramarse por las altas paredes. Pero, ya más lejos, empezaba el encanto. La estacada, escalonando sus maderos, sus contrafuertes de catedral gótica y el puente de Constantino, ligero, balanceándose como un encaje bajo los pies de los transeuntes, cortándose en ángulo recto, parecían atajar el paso y contener la enorme masa del río. En frente, los árboles del Mercado de los vinos, y más lejos los macizos del Jardín de Plantas, verdeaban y se

extendían hasta el horizonte; mientras que al otro lado del agua, el muelle de Enrique IV y el de la Rapée, alineaban sus bajas y desiguales construcciones, su hilera de casas, que, desde arriba, se asemejaban a las casitas de madera y cartón que las niñas tenían en sus cajas. En el fondo, a la derecha, el apizarrado techo de la Salpêtrière azuleaba por encima de los árboles. Después, en el medio, descendiendo hasta el Sena, anchas orillas empedradas, formando dos largos caminos grises, cortados aquí y allá por larga hilera de toneles, por algún carricoche enganchado, y por las maderas y el carbón desembarcados de algún barco. Pero el alma de todo aquello, el alma que daba vida al paisaje, era el Sena, el río viviente; venía de lejos, el límite vago y trémulo del horizonte, salía de allá abajo, como realización de un ensueño, para correr en derecha hacia las niñas, en su majestad silenciosa, en su poderoso crecimiento que se extendía y desplegaba a sus pies cual inmensa sábana en la punta de la isla. Los dos puentes que lo dividían, el de Bercy y el de Austerlitz, parecían presas indispensables, encargadas de contenerlo, de impedirle que subiera hasta la habitación. Las niñas se perecían por el gigante, extasiaban sus ojos con su corriente colosal, con aquella eterna ola mugiente que rodaba hacia ellas, como para alcanzarlas, y que sentían henderse y desaparecer a derecha e izquierda, a lo desconocido, con suavidad de titán vencido. En los hermosos días, en las mañanas de cielo azul, sentíanse como embelesadas por los esplendentes ropajes del Sena; ropajes camiantes que pasaban del verde al azul, con mil tonos de delicadeza infinita; habríasele tenido por seda salpicada de blancas llamas, con blondas de raso; y los barcos

que se abrigaban en ambas orillas lo bordeaban como una cinta de terciopelo negro. A lo lejos, sobre todo, la tela se ofrecía más admirable y más preciosa, como la encantada gasa de una túnica de hada. Después de la banda de pronunciado raso verde, con que la sombra de los puentes estrechaba el Sena, veíanse como lazos de oro, y paños de plegada tela color de sol. El inmenso cielo, reflejado en el agua, las hileras de bajos edificios, el verdor de ambos parques, parecían desvanecerse en el infinito.

A veces Renata, hastiada de aquel horizonte sin límites, crecida ya y trayendo del colegio curiosidades carnales, dirigía una mirada a la escuela de natación de los baños de Petit, cuyo barco se encontraba amarrado en la punta de la isla. Por entre las flotantes ropas colgadas con cordeles a guisa de techo, procuraba ver los hombres en calzoncillos, cuyos desnudos vientres se distinguían.

### III

Máximo permaneció en el colegio de Plassans hasta las vacaciones de 1854. Tenía trece años y unos meses, y acababa de terminar el quinto año. Entonces fué cuando su padre se determinó a hacerle ir a París. Pensaba que un hijo de aquella edad le daría importancia, y le instalaría definitivamente en el papel de casado en segundas nupcias, rico y formal. Cuando anunció su proyecto a Renata, con la que se preciaba de gastar extremada galantería, ella le contestó con indiferencia:

—Está muy bien, manda venir al galopín... Nos divertirá un poquito. Por las mañanas nos aburrirnos que es un primor.

El galopín llegó ocho días después. Era un chicuelo alto y delgado, con cara de muchacha, de aspecto delicado y de sinvergüenza, y de cabello rubio claro. Pero, ¡qué mal vestido venía, santo Dios! Pelado hasta las orejas, con los cabellos tan al rape que la blancura del cráneo apenas se veía cubierta con ligera sombra; traía un pantalón demasiado corto, zapatos de carretero, una chaqueta horriblemente raída, demasiado ancha y que le hacía parecer casi jorobado. En aquel pergenio, sorprendido por cuantas cosas nuevas veía, miraba a su alrededor, sin timidez a pesar de todo, y con el aspecto montaraz y astuto de un muchacho precoz que vacila antes de entregarse de golpe y porrazo.

Un criado acababa de traerle de la estación, y encontrábase en el gran salón, con la boca abierta a la vista de los dorados muebles y del techo, en extremo feliz en medio de aquel lujo en que iba a vivir, cuando Renata, que volvía de casa de su sastre, entró como un huracán. Arrojó el sombrero y el albornoz blanco que se había echado a los hombros para guarecerse contra el frío, que ya apretaba; y se presentó a Máximo, estupefacto de admiración, en todo el esplendor de su maravilloso traje.

El muchacho la creyó disfrazada; llevaba una admirable falda de faya azul, con grandes volantes, sobre la cual se había echado una especie de levita de guardia francés, de seda gris claro. Los faldones del capote, forrado de raso azul más oscuro que la faya de la falda, estaban con suma gracia levantados y sujetos con lazos de cintas; los adornos de las lisas mangas y las